



Francisca Mompó. *Del natural*, 2010. Serie «Botánico». Grafito, collage sobre papel, 50 x 70 cm.

LA HERRAMIENTA PARA SALVAR EL PLANETA

PERIODISMO AMBIENTAL Y OPINIÓN PÚBLICA

Carlos Elías

A Planet-Saving Device: Environmental Journalism and Public Opinion.

Environmental journalism has been a key instrument in changing society's outlook from believing we are the chosen species with a right to subdue nature, to the awareness that nature must be respected. However, reactionary sectors of society are using environmental journalism to confuse public opinion.

Only by regarding this specialty as an important part of scientific journalism, and by selecting truly reliable sources, can we fight against the demagoguery that often seeps into the media when it comes to the environment.

Desde hace unos años –no más de dos décadas– existen varios asuntos científicos que ocupan la actualidad mediática. Noticias sobre cambio climático, calentamiento global o desertización aparecen en los medios con una frecuencia casi diaria. Desde esta agenda periodística, el medio ambiente –con ministerios políticos incluidos– ha entrado también con fuerza en la agenda política y económica. Incluso en la artística, con excelentes películas como *Avatar*. Ello ha propiciado el auge de una especialidad periodística que en los años ochenta era anecdótica: el periodismo medioambiental.

Aunque en muchos asuntos no se pueda delimitar qué fue primero, si el huevo o la gallina, en este de la concienciación de la opinión pública por los temas medioambientales, sí podemos rastrear los orígenes y afirmar que el periodismo ha tenido un papel fundamental. Y no ha sido fácil. Al menos en Occidente, las tres grandes religiones monoteístas –judaísmo, cristianismo e islamismo– consideran que la naturaleza existe para que sea sometida por el hombre y para que esté a su exclusivo servicio.

Incluso la alta cultura aún considera, por ejemplo, que el Acueducto de Segovia es un monumento elogiable, cuando la realidad es que llevaba agua desde zonas húmedas a las secas rompiendo gravemente el equilibrio de los ecosistemas. No siempre se matiza el poder destructor de los acueductos o vías romanas. Pocas veces se explica lo bárbaros que fueron los romanos que, otro

ejemplo, casi acabaron con el oso pardo en Europa, simplemente para divertirse. Aún la antigua Roma y sus gentes mantienen el calificativo de «civilizados»; frente a pueblos como los celtas o los guanches, considerados –incluso por historiadores que se presuponen solventes– como pueblos bárbaros o paganos –en el mal sentido– porque adoraban a los árboles o a los ríos en lugar de símbolos o abstracciones humanas.

Con esos mimbres (ideología judeocristiana que infravalora la naturaleza frente al hombre y tradición latina que consideraba un logro cultural someter y modificar las condiciones naturales de los entornos), el hecho de que la opinión pública occidental esté cada día más concienciada con el medio ambiente puede considerarse un cambio social tan importante y revolucionario como lo ha sido la emancipación de la mujer o la consecución de los derechos sociales de las minorías.

El papel del periodismo en ello, insisto, ha sido fundamental. El primer paso de la información medioambiental fue explicar a la opinión pública cómo funciona la naturaleza, cómo cuidarla y, sobre todo, cómo conservarla. El segundo, que apenas está en los inicios, va aún más allá: implica sustituir la visión del hombre como «especie elegida» por la de hombre como especie destructora y depredadora del planeta. Los *frame* de las series documentales de Richard Attenborough –o las opiniones de Richard Dawkins– van en ese sentido y ello ha desencadenado una

**«EL PRIMER PASO
DE LA INFORMACIÓN
MEDIOAMBIENTAL FUE
EXPLICARLE A LA OPINIÓN
PÚBLICA CÓMO FUNCIONA
LA NATURALEZA, CÓMO
CUIDARLA Y, SOBRE TODO,
CÓMO CONSERVARLA»**

férrea oposición por parte de los sectores sociales más reaccionarios.

Una idea que han trasladado a la sociedad es la de que el problema más importante que tiene el planeta es la degradación medioambiental, producida entre otras razones por la plaga –un imparable e insostenible crecimiento demográfico– de una especie depredadora terrible como es el hombre. Considerar al hombre como «plaga maligna» constituye un planteamiento filosófico sin precedentes en Occidente.

Los científicos afirman que la única herramienta para frenar la hecatombe que se avecina en el planeta es la concienciación ciudadana y que esta concienciación no podrá realizarse sin el periodismo. Curiosamente, el periodismo se convierte en el arma predilecta para salvar el planeta. Ello ha potenciado la especialidad de periodismo medioambiental, pero también prácticas que intentan aniquilarla.

■ EL PERIODISMO MEDIOAMBIENTAL COMO PARTE DEL PERIODISMO CIENTÍFICO

Uno de los aspectos más curiosos de este fenómeno, sobre todo para los que nos dedicamos a estudiarlo desde el punto de vista académico, es que se esté desligando del periodismo científico. En España, por ejemplo, coexiste una asociación de periodistas científicos con otra de periodistas medioambientales. En la Universidad Carlos III de Madrid, otro ejemplo, aparece la asignatura obligatoria (en el nuevo grado) de «Periodismo Científico y Medioambiental», que viene a sustituir a la también obligatoria de «Periodismo Científico y Tecnológico» de la antigua licenciatura.

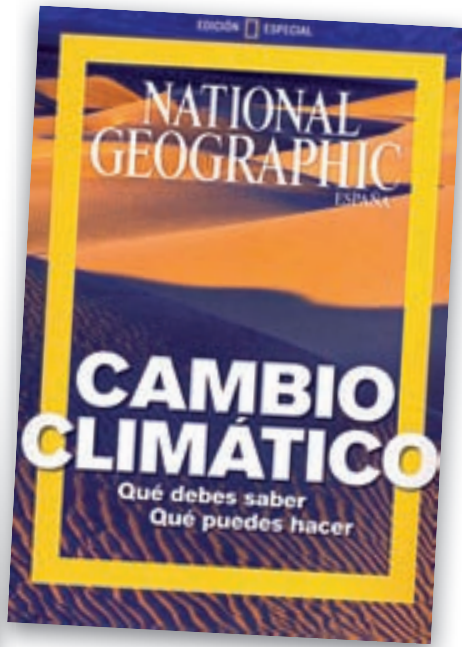
Este cambio en la asignatura –o el hecho de que existan dos asociaciones diferenciadas– puede argumentarse de dos formas. Una positiva se explica por la importancia extraordinaria que se le otorga al periodismo medioambiental respecto a otras áreas. No en vano representa la avanzadilla de una forma radical de ver a la especie humana en relación con la naturaleza. Desde este punto de vista es muy defendible la diferenciación.

Pero también existe un lado oscuro: al segregar el medio ambiente de lo «científico», puede dar la impresión de que no se le considera «ciencia», sino ideología. Si el medio ambiente fuera una ciencia, como otra cualquiera,



En la actualidad, diversas cuestiones relacionadas con el medio ambiente han conseguido hacerse con la atención mediática. Es el caso del cambio climático, que ha aparecido en las portadas tanto de revistas especializadas como de diarios generalistas. El cambio climático es, además, un ejemplo de cómo cuestiones ambientales pueden llegar a convertirse en ideológicas. Para hacer frente a esto, son necesarios periodistas especializados con suficientes conocimientos y capacidades para identificar a las fuentes solventes.

«LOS CIENTÍFICOS AFIRMAN QUE LA ÚNICA HERRAMIENTA PARA FRENAR LA HECATOMBE QUE SE AVECINA EN EL PLANETA ES LA CONCIENCIACIÓN CIUDADANA Y QUE ESTA NO PODRÁ REALIZARSE SIN EL PERIODISMO»



¿por qué no se encargan de él los periodistas científicos cuyo ámbito de especialización, entre otros, es la ecología, física atmosférica, física de partículas (para la energía nuclear), edafología, química agrícola o biología marina? La separación del periodismo científico es, por tanto, controvertida: si el medio ambiente es una ciencia, la especificación resulta redundante; y si no es ciencia –que es lo que a algunos de la ultraderecha ideológica les gustaría– no puede servir de argumento para tomar decisiones políticas o económicas. Es decir, la diferenciación puede servir para reforzarlo como ciencia, pero también para separarlo de ella.

Obviamente el medio ambiente es una ciencia pura; multidisciplinar, si se quiere, pero tan ciencia como la física de partículas, la ecología, la edafología o la química orgánica. El gran peligro, repito, de la segregación del medio ambiente de la palabra *ciencia* es que al convertirse en autónomo no sea reconocido por la opinión pública como ciencia –y, por tanto, sus resultados estén sujetos a juicios de valor como lo está la crítica literaria o cinematográfica– y, no menos importante, que los periodistas medioambientales no se formen bajo los estrictos fundamentos que apuntalan el periodismo científico de calidad.

Y es que, desde el punto de vista profesional, el periodista medioambiental debe ser, por encima de todo, un

**«EL PERIODISMO
MEDIOAMBIENTAL SE ESTÁ
ALEJANDO PELIGROSAMENTE
DE LA SENDA DE LA CIENCIA.
SUELEN APARECER MUCHOS
AGENTES IDEOLÓGICOS:
COMO ECOLOGISTAS,
POLÍTICOS, ‘LOBBIES’,
AGENTES ECONÓMICOS, ETC.»**

periodista científico puro; lo que implica un excelente conocimiento de física, química, biología y geología al menos a nivel universitario. Es más, debido a la especial idiosincrasia de la información medioambiental –en la que, por ejemplo, existe una gran cantidad de fuentes con intereses manipuladores– el periodista medioambiental debe poseer unos conocimientos científicos muy superiores a, por ejemplo, el periodista especializado en astronomía, campo donde la información está muy elaborada en los gabinetes de prensa. La información periodística sobre astronomía, por ejemplo, no tiene un interés manipulador manifiesto. Es lo que denominamos *ciencia blanca*. En un resultado sobre la existencia de un agujero negro en una galaxia concreta no existe politización posible. Pero en uno sobre cambio climático, sí, y el periodista debe tener el suficiente conocimiento como para poder discutir el resultado y, lo más importante, identificar a la fuente solvente.

En periodismo científico, por ejemplo, llevamos años estableciendo criterios para seleccionar a las fuentes.

En primer lugar sólo publicamos aquellos resultados que hayan sido refrendados por prestigiosas revistas que, a su vez, tengan un sistema de revisión por pares ciegos e, incluso, un mecanismo de reproducción de los experimentos. Preferimos un resultado de la revista *Nature* o *Science* sobre otro de una oscura revista desconocida.

Por otra parte, hemos aceptado una máxima importante: existe libertad de expresión; pero no libertad de opinión. Sobre la posibilidad de vida en otros planetas, por ejemplo, jamás opinará un geógrafo, un

economista o un sociólogo. Solo geólogos, químicos, físicos o biólogos. Esto nos ha permitido separar –aunque no siempre es posible– la ciencia de la pseudociencia.

Pero el periodismo medioambiental se está alejando peligrosamente de la senda de la ciencia. Todas las investigaciones que tenemos, respecto a fuentes usadas en periodismo medioambiental, confirman que suelen aparecer muchos agentes ideológicos: como ecologistas –que no son científicos, aunque a algunos periodistas poco especializados se lo parezcan–, políticos, *lobbies*, agentes económicos, etc. Y, en último lugar, aparece algo muy raro a lo que los malos periodistas están llamando con el extraño nombre de «experto». Resulta curioso que ese sustantivo, que puede ser adjetivo, apenas se use en periodismo científico porque enmascara el currículum de la fuente. ¿Qué es un experto?

EL RETO DE LA COMPLEJIDAD

XAVIER DURAN

El progresivo deshielo del Ártico, la consiguiente apertura de nuevas rutas marítimas y el acceso más fácil a varios recursos naturales conforman un tema en el que se mezclan climatología, geología, tecnología, economía y geopolítica, entre otras disciplinas. Y por eso es susceptible de ser tratado por los periodistas ambientales, que tienen que añadir la otra cara de los efectos del deshielo: el futuro impacto en el clima o en la alteración de ecosistemas y, por lo tanto, de los recursos pesqueros, entre otros.

Este es un buen ejemplo de la complejidad de la información ambiental y de la necesidad de que los que nos dedicamos a ella tengamos presente aspectos muy diversos y no solo ecológicos. Al mismo tiempo, demuestra que en ciertos análisis estratégicos o económicos no se puede prescindir de los aspectos ecológicos.

Diría que este entrelazamiento entre disciplinas muy diversas es el hecho más destacado de los nuevos retos de la información ambiental, junto a su papel de complementar informaciones de otros ámbitos –y, a menudo, incluso de sacar a la luz temas que merecen ser analizados por otros especialistas–. La información ambiental ha vivido un crecimiento espectacular en los últimos años. Pero eso no ha significado un simple incremento de su presencia en los medios sino también una adaptación que ha conllevado un aumento de complejidad.

Hace una veintena de años era básico explicar los fundamentos de los problemas ambientales y la manera de afrontarlos. Había que hacer saber qué era un centro de recogida de desechos, en que se basaba el efecto invernadero y por qué la capa de ozono era tan importante y se destruía. Pero ya hace tiempo que, sin dejar de lado explicaciones como estas, la información ambiental ha tenido que dar un salto cualitativo y entrar en otro nivel. De siempre se ha destacado que la información ambiental no se puede limitar a la contaminación, los residuos, las especies protegidas y los espacios naturales. Y que incluso cuando se habla de estos temas los enfoques ya no pueden ser los mismos que antes.

Etimológicamente, *ecología* significa «estudio de la casa» y *economía*, «administración de la casa». No se

puede administrar la casa sin conocerla, pero tampoco podemos aplicar el conocimiento sin tener en cuenta las necesidades de administración. Eso implica que las propuestas ecológicas, si bien en muchos casos pueden venir dictadas simplemente por principios éticos, también deben tener en cuenta argumentos económicos.

Y cuidado, que eso no quiere decir que se planteen desde una perspectiva económica tradicional. Precisamente es, en parte, trabajo de los ambientalistas y de los informadores ambientales hacer ver que unas cuentas económicas mal planteadas llevan, tarde o temprano, a resultados muy alejados de los deseados. La economía ecológica –de la que tenemos pioneros en nuestro país– muestra que es un error considerar como simples gastos lo que en realidad son inversiones, negligir ciertas

pérdidas porque no tienen un valor monetario claro u olvidar que consumir ciertos recursos a un determinado ritmo es gastar el capital sin preocuparse de recapitalizar.

Eso significa que se tiene que explicar el valor de reducir la contaminación, objetivo que no es un simple capricho por disfrutar de un aire más limpio, sino una acción indispensable para reducir la mortalidad y la enfermedad, aumentar la calidad de vida y, de paso, reducir los gastos que asistencia sanitaria, bajas médicas, disminución de

la productividad o pensiones de invalidez, orfandad o viudez provocan. Es decir: el primer objetivo es ético, pero, para los que no entienden de ética, hay que hacer ver que también hay un beneficio económico. Y lo mismo se debe explicar con respecto a la biodiversidad y los ecosistemas. Conservar el patrimonio natural es una obligación ética, pero no pensar que estos ecosistemas proporcionan una multitud de servicios que se pueden valorar en miles de millones de euros (véase www.teebweb.org) es una barbaridad económica y práctica.

La complejidad de la información ambiental es un reflejo de la complejidad de nuestra sociedad y de las dificultades de establecer planificaciones claras. El debate sobre el balance de emisiones de los biocombustibles ha sido, en parte, generado por intereses de las petroleras, pero también ha aportado estudios rigurosos y consistentes que muestran que los análisis simples no siempre llevan a la solución correcta. Muy probablemente la respuesta a este tema es «biocombustibles, sí, pero depen-

«LA COMPLEJIDAD DE LA INFORMACIÓN AMBIENTAL ES UN REFLEJO DE LA COMPLEJIDAD DE NUESTRA SOCIEDAD Y DE LAS DIFICULTADES PARA ESTABLECER PLANIFICACIONES CLARAS»



Cabecera del programa *El medi ambient* de TV3.

de de cuáles y de cómo». Por otro lado, el entusiasmo por ciertas soluciones, como el coche eléctrico, no debe hacer olvidar que las grandes transiciones no se hacen en cinco años ni diez y que las grandes revoluciones conllevan cambios profundos y no simples arreglos. Explicar todo eso no puede ser trabajo únicamente de los periodistas ambientales, pero para hacerlo hay que contar con los periodistas ambientales.

Está claro que informar y reflexionar sobre el tema no es nada fácil. Y menos en los tiempos actuales, en que gana la información más concisa, inmediata y esquemática. Corremos el peligro de simplificar demasiado, olvidando muchos matices y condicionantes, o bien de querer tener tantas cosas en cuenta que el mensaje le resulte confuso a la gente. Además, el público quiere certezas y los matices pueden ser interpretados –y aprovechados– para decir que algunos fenómenos –el cambio climático, por ejemplo– no están tan claros como se dice. Hacer frente a los *lobbies* que difunden informaciones sesgadas o tergiversadas es otro de los problemas que afronta el informador ambiental.

Y, finalmente, se tiene que hacer frente a las informaciones y opiniones sesgadas o simplemente indocumentadas que a menudo ofrecen tertulianos y columnistas. Algunos hacen aportaciones realmente muy interesantes en el campo que dominan. Pero la mayoría sufren el problema de tener que ser hoy especialistas en terremotos en Haití, pocos días después poder disertar sobre la seguridad de las redes eléctricas y muy poco después ser profundos conocedores de la política regional francesa o de los problemas y ventajas de retrasar la jubilación.

Se trata, además, de gente con prestigio popular, que pertenecen al *opinion star system* y que por eso están rodeados, cara al público, de una credibilidad no siempre merecida. Y aprovechan el gran eco de unos espacios que, desgraciadamente, siguen negligiendo, mayoritariamente, la cultura y la información científicas.

Xavier Duran. Periodista científico. Director de *El medi ambient*, TV3.

En el periodismo medioambiental este oscuro término de «experto» se utiliza para justificar algo tan perjudicial para el periodismo como es la neutralidad, jamás usada en periodismo científico. Así, por ejemplo, se le da voz a los llamados «escépticos» del cambio climático, lo cual es un escándalo tan grande como si se la dieran a los escépticos de que el hombre estuvo en la Luna o a los escépticos sobre la teoría de la evolución.

Los «expertos» se amparan en pomposos títulos como «director del instituto X» para ocultar su falta de sabiduría científica; y el periodista jamás especifica cuántos artículos tiene publicados en *Nature* o si tiene un doctorado en oceanografía. Ello está convirtiendo el periodismo medioambiental en pseudoperiodismo o, en el mejor de los casos, en algo diferente al periodismo científico. Si se continúa por esta senda, el periodismo medioambiental se transformará en un caballo de Troya de los que quieren destruir el planeta y no en una herramienta para salvarlo como ha sido hasta ahora.

Por ejemplo, en un análisis de contenido sobre las fuentes que suelen aparecer como escépticos del cambio

«EL GRAN PELIGRO DE LA SEGREGACIÓN DEL MEDIO AMBIENTE DE LA PALABRA 'CIENCIA' ES QUE AL CONVERTIRSE EN AUTÓNOMO NO SEA RECONOCIDO POR LA OPINIÓN PÚBLICA COMO CIENCIA»

climático en los medios españoles se obtiene que todos son de letras puras (es decir, auténticos analfabetos científicos): desde Antón Uriarte (profesor de Geografía de la Universidad del País Vasco, universidad donde hasta hace nada la geografía se estudiaba con la historia y un poco antes pertenecía a filosofía y letras); hasta periodistas (también de letras) como Jorge Alcalde; economistas –¿dónde estudian botánica o ecología los economistas españoles?– como Gabriel Calzada o hacen caso a politólogos –como si la carrera de ciencias políticas tuviera el más mínimo resquicio de ciencia natural– como Bjorn Lomborg. Estas fuentes jamás hubiesen sido usadas por un periodista científico serio, que recurriría sólo a licenciados en Ciencias del Mar, Física, Química, Biología y otras ciencias naturales. Y esto diferencia al buen periodismo de la información basura. Espero que en un futuro no diferencie el periodismo científico del medioambiental. ☺

Carlos Elías. Profesor titular de Periodismo Científico. Universidad Carlos III de Madrid.